

de gran interés las síntesis de carácter histórico, pero se echa en falta sin duda algún tipo de presentación de las peculiaridades de las comunidades cristianas que ayude a comprender la naturaleza de sus escritos. Puede sorprender que las obras cristianas normalmente consideradas como «Padres Apostólicos», A. R. C. Leaney las incluye con «Apócrifos del Nuevo Testamento», sin señalar la diferencia con los libros que en lenguaje normal reciben esta denominación, y de los que únicamente cita algunos gnósticos. En conjunto, sin embargo, el libro tiene el gran mérito de ser una introducción general asequible y clara al complejo mundo en el que surgió el Nuevo Testamento.

G. Aranda

Joseph BLENKINSOPP, *A History of the Prophecy in Israel* (From the Settlement in the Land to the Hellenistic Period), Ed. SPCK, London 1984, 287 pp., 13,5 x 21,5.

Entre los méritos más sobresalientes de esta Historia de la Profecía en Israel se ha de resaltar, sin duda, la visión de conjunto que el A. ofrece del fenómeno profético en el pueblo elegido, y de cada uno de sus representantes reconocidos como profetas tanto por su actividad como por considerárseles autores de libros.

El inicio de la profecía en Israel se contempla en el libro con anterioridad al llamado período clásico que abarca desde Amós hasta el destierro. Aunque no es posible precisar históricamente el origen de la profecía en Israel, Blenkinsopp muestra con acierto que no es legítimo situarlo en el influjo cananeo, sino que hunde sus raíces en una tradición anterior, conectada con la guerra, que se ha de situar en los tiempos del desierto y de la conquista de la tierra. De esta tradición, desarrollada posteriormente en diversas líneas, participan de un modo u otro todos los profetas

bíblicos, que la han integrado de diversas maneras al servicio de la Alianza.

El fenómeno profético, insiste una y otra vez el A., es mucho más amplio que lo que reflejan los profetas escritos, aunque ciertamente, en éstos la profecía alcanza momentos culminantes y originales. Durante el período clásico los profetas están íntimamente relacionados con la institución monárquica, y el A. analiza detenidamente el contexto sociopolítico en que se mueve cada uno de los profetas y los grupos que los apoyan, así como las opciones que toman frente a los acontecimientos políticos y la situación en que vive el pueblo. En la actitud y mensaje de cada profeta confluyen su personal experiencia religiosa y la tradición que recibe. En cuanto a precisar el material originario perteneciente a cada uno de ellos, podemos encontrar en el libro hipótesis defendibles, aunque no siempre del todo convincentes.

Con el destierro la profecía entra en una crisis por la que ciertamente experimentará una transformación profunda, pero que de ningún modo supone su acabamiento o decadencia, como han afirmado repetidamente autores de tendencia hegeliana. Esa transformación se caracteriza, entre otras cosas, por dar preponderancia al texto escrito sobre la tradición oral, por quedar la profecía asumida en el culto, y por mantener la relación con la monarquía mediante la esperanza de una restauración davidica. Este último rasgo se acentuará a la vuelta del destierro, en el período persa, cuando brotan movimientos mesiánicos de distinto signo, más o menos propensos a la revuelta violenta, o con más o menos esperanza en el sucesor davidico. El Templo adquiere una proyección escatológica, y con ese mismo enfoque escatológico se reinterpretan los textos anteriores, mediante ampliaciones editoriales, que, en algunos casos delatan ya la época helenística (Cfr. Joel 3-4; Zac 9-14; Is 24-27). Será en la diversa interpretación de los textos donde encontrarán un cauce de expresión los sucesivos

movimientos proféticos y donde se apoyarán los diferentes movimientos sectarios, entre ellos, según dice el A., el cristianismo. Sorprende que no se estudie el libro de Daniel, debido quizá a que no figura como profético en el canon hebreo.

Con esta historia de la Profecía, J. Blenkinsopp, profesor de Antiguo Testamento en la Universidad de Notre Dame, viene a completar otro estudio anterior, *Prophecy and Canon*, de 1977, presentando ahora un valioso estudio del contexto histórico y sociológico en el que se desarrolló la profecía. Ciertamente, y el A. así lo muestra, a veces no es posible ir más allá de las hipótesis debido sobre todo a la dificultad de establecer la historia literaria de los libros proféticos, ámbito en el que el A. se mueve con reconocida competencia. Con todo, en conjunto queda la impresión de que no atiende suficientemente al alcance teológico y religioso de los textos en cuestión, sobre todo en lo referente a la significación de la promesa divina acerca de la dinastía davídica, y en lo relativo a la proyección escatológica de los profetas de la época clásica, que, reconocida como línea de tradición desarrollada por ampliaciones posteriores (cfr. p. 267), sin embargo el A. no le ha dado ningún realce en el lugar correspondiente. Entre la abundante y selecta bibliografía citada se echan de menos algunos estudios recientes sobre el mesianismo, tales como el de H. Cazelles, *Le Messie de la Bible* (Paris 1978) o los de J. Coppens sobre mesianismo real, universalmente reconocidos.

G. Aranda

Enrique L. DÓRIGA, *Semblanza de Jesucristo*, Ed. Herder, Barcelona 1986, 76 pp., 11 x 18.

El autor, catedrático de la Universidad del Pacífico y de la Facultad de Teología de Lima, logra hacer en pocas líneas

una afortunada semblanza de nuestro Señor Jesucristo conforme a las enseñanzas que, sobre su vida y doctrina, nos transmiten las Sagradas Escrituras.

La semblanza se centra en aspectos de su Humanidad Santísima (entendimiento, lenguaje, voluntad, carácter, salud corporal, ideal de vida), de su mesianidad, y de su Divinidad.

Se trata de un libro de carácter popular, con muy pocas notas técnicas que muy poco o nada aportarían al fiel corriente, al que preferentemente se dirige. No obstante, su lectura demuestra el buen conocimiento que posee el autor acerca de la Biblia y de la literatura exegética selecta.

F. Varo

Jesús ESPEJA, *La experiencia de Jesús*, Ed. San Esteban, Salamanca 1984, 190 pp., 13 x 19.

El profesor de Cristología del Instituto Teológico de San Esteban presenta en estas páginas su credo sobre Jesús de Nazaret. Comienza su exposición reflexionando acerca de la fiabilidad y alcance de la información que poseemos sobre Jesucristo, y fija su atención en algunos rasgos que nos presentan los Evangelios como propios de El, y que suponen una experiencia singular. A esto añade sus consideraciones sobre la interpretación que los primeros cristianos hicieron del núcleo original constituido por la vida y enseñanzas de Jesús, y sobre cómo todo eso fue tomando cuerpo en formulaciones dogmáticas. Termina exponiendo cuál sería, a su juicio, el modo de hablar hoy de Cristo.

En la introducción dice que intenta hablar con «lenguaje directo», pero advierte lo siguiente: «sospecho y temo que mis categorías mentales, interrogantes y vocabulario no sean ya los del pueblo sencillo» (pp. 7-8). El lector de esta obra puede constatar que